

ne unos pensamientos tan nobles y tan elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguiéron otros muchos en todo semejantes. Vistiéron de pies á cabeza al buen señor; y de quando en quando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre babazorro. Al contrario, todo lo convertia en substancia tomando á la letra quanto le decian, y se mostraba muy contento de sus taimados huéspedes; pareciéndole que le hacian mucho honor quando le hacian ridículo. En fin él fué el hazme reir todo el tiempo que duró la mesa, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasáron los señores míos en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni ménos como nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos quando salimos de casa del señor Gregorio.

CAPITULO V.

Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Despues de haber dormido algunas horas me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, mientras despertaba el amo fuí á hacer mi corte al mayordomo, cuya vanidad me pareció se complacia del

cuidado que yo ponía en rendirle mis respetos. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien á la vida que hacian los señores. Respondíle que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que era antes, pasé de repente á vivaracho, atolondrado, intrépido y aturdido. Complimentóme sobre mi metamorfosis el criado de Don Antonio, y me dixo, que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener aventuras amorosas. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria en un petimetre; que todos nuestros camaradas estaban amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de ser mirado con buenos ojos por dos damas de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dixe: amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no acierto á concebir como se han podido prender de un hombre de tu condicion dos damas distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad verdaderamente! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho baxo los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor, aprendí bien las modales, y fuíme al paseo público. Hice guiñadas y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis

significativas muñecas. Seguila, y logré tambien hablarla. Díme el nombre de Don Antonio Certellas: pedí una cita, hizo algunos esguinces, apreté, convino al fin en ello &c. Hijo mio, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas, y si tú las quieres tener sigue mi exemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre illustre para que dexase de poner en execucion este consejo, y mas quando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví, pues, enmascaramme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise hacerlo en nuestra casa porque no se supiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquetillo, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia vestirme y desnudarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y quando nos pareció que ya no cabia mas me encaminé hácia el Prado de San Gerónimo, de donde estaba bien persuadido no volveria sin haber hallado alguna fortuna. Mas no tuve necesidad de ir tan léjos para encontrar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle excusada ví salir de cierta casa pequeña, y montar en un coche que estaba á la puerta, una dama ricamente vestida, y perfectamente bella. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado. Por su parte me hizo ver que merecia mi atención mas de lo que yo pen-

saba, porque levantó disimuladamente el manto, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuése en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparición. ¡O que hermosura! me decia yo á mi mismo. No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos damas que aman á Moggicon son tan hermosas como esta digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Mientras estas reflexiones volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir aquella hermosa niña y ví asomada á la ventana del quarto baxo una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Partí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y discreta vieja, que teniéndome por algun Marques, me saludó con mucho respeto, y me dixo: sin duda, señor, que V. S. habrá hecho baxo concepto de una muger, que sin tener la fortuna de conocerle le hizo señal para que entrase en su casa; pero juzgará mas benignamente de mí quando sepa que no lo hago así con todo el mundo, y que V. S. me parece algun señor de la Corte. No se engaña Vmd., amiga mia, la interrumpí, poniendo la pierna derecha sobre la izquierda, y ladeando un poco el cuerpo con gracia y autoridad. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa

de ver. Yo, señor, tengo gran gusto (así lo confieso) en servir de algo á las personas de circunstancias. Este es mi flanco. Y habiendo observado desde mi ventana que V. S. se paraba á mirar con atencion aquella dama que acaba de salir de aquí, me atreveré á suplicarle que me diga con toda franqueza y confianza si le ha gustado. Gustóme tanto, la respondí, que en mi vida he visto criatura que me haya arrebatado mas. Os lo juro como caballero de honor. Así, pues, madre mia, vámos á una los dos, y contad seguramente con mi agradecimiento. Este es de aquella especie de servicios que nosotros los señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir las personas de mayor condicion, y que todo mi gusto es poderlas ser útil en alguna cosa. Por exemplo: yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas no las permite admitir en la suya cortejantes: yo las ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion ó temperamento con la decencia exterior. ¡Bellamente! la respondí yo, y es muy verisimil que Vmd. acabe de hacer este servicio á la dama de quien estamos hablando. No por cierto (repuso ella) esa es una señora viuda y moza, que desea un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor, á lo que parece, de gran mé-

ri-

rito. Tres caballeros la he presentado, todos tres á qual mas galan y mas ayroso; y sin embargo ninguno la contentó, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh madre! exclamé yo, eso á mí no me acobarda: disponed que yo la trate, y sobre mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo gran curiosidad de verme á solas con una muger difícil, porque hasta ahora ninguna he encontrado que me resista. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará su curiosidad. No faltaré, respondí; y veremos si un caballero cortesano, mozo, y no corcobado ni cobarde, puede emprender con felicidad esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxito de la presente. Al siguiente día, despues de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora ántes de la que ella me habia señalado. Señor, me dixo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida. Es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hémos hablado mucho de esa amabilísima persona. Encargóme que nada le dixese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S. que no puedo ménos de decirle que ha quedado muy enamorada de V. S., y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudica es un bocado muy dulce. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio,

TOM. I.

MM

y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja quería hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de ménos.

Tardó poco nuestra heroína en llegar á casa de la vieja en coche como el día anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dexó ver en la sala salió al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas reverencias á la petimetra, acompañadas de garbosas y tiernas contorsiones. Acercándome despues á ella con cierto ayre de familiaridad, la dixé: madama, aquí tiene Vmd. á sus pies, en este caballero mozo, una de las mas difíciles conquistas; pero desde que ayer tuve la dicha de ver esos bellos ojos, astros del mas hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta Duquesa que ya comenzaba á poseer mi corazón. Sin duda, respondió ella, quitándose el manto, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de guardar como el azogue ó el espíritu volátil. Reyna mía (la repliqué yo) si á Vmd. la place, dexémos á un lado lo futuro, y pensémos solo en lo presente. Vmd. es bella, yo la amo: embarquémonos sin reflexion, como lo hacen los marineros; no mirémos á

los peligros de la navegacion; pongámos solamente los ojos en los placeres y gustos que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los pies de mi ninfa, y para imitar mejor á los petimetres, la supliqué, y aun importuné de un modo algo demasiadamente natural, que me hiciese feliz, dispensandome su gracia. Parecióme algun tanto conmovida con mis instancias, pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de rendirse, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo, diciéndome: deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino. Qué, madama (exclamé yo), ¿será posible que Vmd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primera tixerá? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado (repuso ella) ya no puedo mas, y así me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los aspamientos. Es preciso que una pobre muger haga la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como que padecia mucho su pudor en aquella confesion. Vos, señor, me habeis hecho sentir ciertos afectos que jamas he sentido por nadie, solo me falta saber quien es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á

su persona, no me acabo de resolver á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entónces del ingenioso modo con que el criado de Don Antonio habia salido de otro apuro semejante, y queriendo yo, á exemplo suyo, ser tenido por mi amo, la dixé: no tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan obscuro que me avergüen de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de Don Matias de Silva? Sí señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion le ví en casa de una amiga mia. Sonrojéme un poco, á pesar de mi descaro, esta no esperada respuesta, y me turbé algun tanto; pero serenándome en el mismo instante, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: me alegro, angel mio, de que conozcais á un caballero á quien tambien conozco yo; pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y así somos, como veis, parientes muy cercanos. Yo me llamo Don César, y soy hijo único del ilustre Don Fernando de Ribera, que murió quince años há, en la batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una accion endiabladamente viva, y os haria una exácta y menuda relacion de ella, pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere se empleen en cosas de mayor gusto.

Des-

Despues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada Diosa me prometió solo sirviéron para hacerme suspirar mas por los otros, que se me negáron. La cruel se volvió á meter en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dexé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavia no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora conseguir (me decia yo á mí mismo) mas que unos medios favores, sin duda es porque siendo mi Princesa una dama tan distinguida, la pareció que no podia, ni debia rendirse al primer abordó. El orgullo de su nacimiento retardó mi dicha; pero esta solo se difirió por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor que por la peor parte, y así me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habiamos quedado de acuerdo quando nos despedimos que nos volveriamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me saboreaba en el gusto, cuya posesion creia infalible.

Lleno de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mudé vestido, y fuí en busca de mi amo, que sabia estar en cierta casa de juego. Halléle jugando con efecto, y conocí que

que ganaba, porque no era de aquellos fresquísimos jugadores que, ganen ó pierdan, nunca mudan de semblante. Mi amo era burlon, y aun insolente quando le daba bien, pero si perdía no se le podía sufrir. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al Corral de la calle del Príncipe. Seguile hasta la puerta del teatro, y allí me metió en la mano un ducado, diciéndome: toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Véte á divertir con tus amigos, y á media noche me irás á buscar en casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de Don Alexo Seguíer. Diciendo esto metióse en el teatro, y yo me quedé pensando en qué había de emplear mi ducado segun la intencion del donador. Tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel mismo punto Clarin, Criado de Don Alexo, y le llevé conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiendonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarin debía tambien hallarse, habiéndosele dado la misma orden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baxa, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia, y la otra de florimunda, riéndose ámbas á carcajada tendida, mientras sus dos amas se estaban divirtiendo en el quarto principal con nuestros amos.

El arribo de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de
aco-

acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. Pero ¡qual fué mi admiracion quando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudica, á mi adorable viuda, que yo habia tenido por una Marquesa ó Condesa á lo menos! Ella tambien me pareció no ménos sorprendida de ver á su querido Don César de Ribera convertido de petimetre en Lacayo. Sin embargo nos mirámos uno á otro sin desconcertarnos; y aun nos vino á entrámbos tal ímpetu de risa, que no la pudimos reprimir. Despues de lo qual, Laura (que este era el nombre de mi Princesa) retirándome á parte, mientras Clarin hablaba con su compañera, me tomó con gracia la mano, diciéndome en voz baxa: toque Vmd., señor Don César, dexémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vmd. hizo su papel á maravilla; y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Qué le parece del lance? Ea, confiese Vmd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, la respondí; pero reyna mia, seas lo que fuéres, sábete que aunque he mudado de forma, no he mudado de parecer. Acepta benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de Don Matias lo que comenzó Don César de Ribera. Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre
las

las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis amantes y de mis adoradores. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aquí con toda libertad; porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion, mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general, fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entenderse. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, brillaba sobre todos mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reian tan poderosamente por la parte alta, que se conocia no ser su conversacion mas seria, ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dixéron aquella noche en casa de Arsenia, se pudiera componer un libro muy instructivo para la juventud. Miétras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa, quiero decir, que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarin siguió á Don Alexo, y yo me retiré con Don Matias.

CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañía del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama recibió un billete de Don Alexo Seguíer, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasámos á ella, y encontramos allí al Marques de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. D. Matias (dixo Seguíer á mi amo, presentándole el tal caballerito) este caballero es Don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la Corte de Varsovia casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Polonia. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y mas divertido tengo necesidad de tí y del Marques de Zenete. Al oír esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de Don Alexo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia Don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido y de un discernimiento delicado y justo.

Comiéron todos en casa de Seguíer, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entón-